

El mundo prehispánico de Nicaragua

Por Jorge Eduardo Arellano

Los vestigios más antiguos

En el panorama paleontológico de América, Nicaragua ocupa uno de los primeros lugares. Así lo indican más de doce sitios con huesos petrificados de animales prehistóricos, distribuidos en el Norte, Centro y Sur del país. Sólo para poner dos ejemplos, citemos las huellas de bisonte detectadas en «El Recreo», departamento de Managua; y el yacimiento fosilífero de «El Bosque» -a doce kilómetros de Pueblo Nuevo, sobre el camino entre esa población y San Juan de Limay- que en 1976, después de una prolongada excavación científica, fue escenario de un simposio de paleontólogos y arqueólogos, sobre todo canadienses y norteamericanos.

El yacimiento fosilífero de «El Bosque»

Pues bien, dicho sitio podría arrojar mucha luz sobre el origen y la edad del hombre americano, ya que entre los artefactos de piedra alterada por la intervención humana (exactamente de *rioilita*) se encontraron varias hachas. Además, la ubicación e incisiones de algunos fósiles parecen revelar la selectividad también humana al punto que, de ser ésta realmente cierta, el hueso con incisiones tendiente a representar un rostro habría de estimarse el testimonio artístico más antiguo de Mesoamérica. Seguramente, nuestros paleolíticos, o *paleoindios*, perseguían el mamut para cazarlo. Pero, ante la depresión de los lagos, dichos mamíferos -adaptados a un *habitat* de temperatura fría y media- no pudieron seguir hacia el sur del continente. Tal es lo que se sostiene tras la constatación de trece especies de mamíferos extintos descubiertos en la citada zona

de «El Bosque», departamento de Estelí, de un esqueleto de mamut localizado en Santa Cruz, Jalapa, departamento de Nueva Segovía; y de otro esqueleto, pero de bisonte, encontrado en «El Horno», cerca de Ciudad Darío, departamento de Matagalpa.

Los petroglifos

Un grupo de estos *paleoindios*, procedentes de muy anteriores migraciones asiáticas, vivían cerca de la actual Managua hace unos ocho mil años. Recordemos que, según Alex Herculka (1869-1943), el poblamiento americano se realizó por sucesivas oleadas de individuos que se desplazaron gradualmente desde Asia -a través del estrecho de Bering- hacia América, persiguiendo animales herbívoros de diversas especies. Organizados en pequeños grupos, estos habitantes se sostenían de la caza, la pesca y la recolección silvestre. También -habitando entramadas, refugios naturales y cuevas- grababan, en las paredes de los dos últimos tipos de viviendas, dibujos y símbolos mágicos que les promovían energías para la caza. Esos grabados en piedra, o petroglifos, tenían las siguientes formas: *antropomorfas*: figuras humanas estilizadas y, a veces, con máscaras y vestimentas rituales; *zoomorfas*: animales sagrados como jaguares, serpientes, ranas, aves y numerosos monos; *abstractas*: pisadas de animales representados por puntos, colmillos aludiendo a los de los ofidios, etc.; *simbólicas*: la cruz y el número cuatro (representación de los puntos cardinales) y *geométricas*: cuadrados y rectángulos, círculos y espirales -los últimos, probablemente, significaciones heliolátricas o solares.

Callagua en Masaya y Zapatera y Ormetepe en el Gran Lago

Entre esos numerosos petroglifos, se destacan los 114 del bajadero de Callagua en la laguna de Masaya: *formidable retablo del arte autóctono de nuestros indios*, lo denomina el investigador Joaquín Matilló Vila en su obra *Estas piedras hablan* (1964). El



mismo autor describió e interpretó los 370 grabados de la silta «El Muerto» frente a Zapatera y los 620 de Ometepe, ambas islas del Gran Lago. los últimos consisten en 161 dibujos antropomorfos estilizados, 161 máscaras, 70 antropomorfos adornados, 75 danzantes, otros 18 de grupos generales, 17 jefes o caciques, etc., 11 grupos de fecundación, 5 manos, 4 víctimas, otros 4 de grupos de ofrecimiento, dos músicos y 14 con otros tipos de dibujos.

Los «conchales» de Punta Mico

Por su lado, es inobjetable la presencia del mismo hombre esteblecido en las costas del Pacífico y del Atlántico, viviendo de los productos marítimos (tortugas, moluscos, pescados y mariscos). En Monkey Point (Punta Mico), departamento de Chontales, el arqueólogo nicaraguense Jorge Espinosa Estrada localizó en 1970 unos depósitos de «conchales» o restos de moluscos que examinó, llegando a la conclusión de que se comían una vez calentados sobre las rocas. Con ellos, pretendió establecer que remontaban la presencia del *homo sapiens* a 7.600 años, al parecer la fecha más antigua de adaptación marítima por el hombre a lo largo de la costa del Caribe.

Las huellas de Acahualinca

Volviendo a nuestros paleoindios, éstos vestían escacas piezas de animales y cocinaban directamente al fuego, obtenido por la frotación de astillas secas -forma que se conservaría hasta la llegada de los españoles a principios del siglo XVI- o de las chispas provocadas por el choque de pedernales. Sin duda, a uno de esos grupos pertenecieron las pisadas humanas, descubiertas accidentalmente por el doctor Earl Flint en 1874 junto a un cauce -y casi a orillas del Lago- en Managua: las famosas huellas de Acahualinca, uno de los recuerdos prehistóricos más antiguos y curiosos del continente, de acuerdo a José Alcina Franch. Localizadas casi a

cuatro metros de profundidad, después de once capas geológicas, fueron impresas en todo volcánico durante el invierno por lo que, al evaporarse su humedad, se fue solidificando, endureciéndose y recibiendo luego una capa de ceniza volcánica que taponeó definitivamente las huellas. Estas no son sólo de hombres, sino también de aves y mamíferos que huyen hacia una sola dirección: el noroeste. Por tal circunstancia, se afirma que la causa se debió a una erupción volcánica, probablemente del volcán Masaya, aunque Francis Richardson supone que la erupción fue la de un volcán más cercano: Asosoca, Nejapa o Tiscapa. En otras partes del país existen impresiones de pies humanos, como en el departamento de Chinandega; pero las de Acahualinca han sido las más estudiadas, y hasta ahora, las primeras huellas del hombre de Nicaragua, ya que arrojan una edad -surrinistrada por el radiocarbono- de 5,945 más o menos 145 años.

Desde entonces, los primigenios pobladores de Managua se vieron sometidos a la violencia devastadora de la naturaleza. Pero sus descendientes siguieron visitando las riberas del Lago para pescar entre sus aguas hasta que desarrollaron una estacional e incipiente agricultura a través del maíz, introducido -probablemente hace cuatro mil años- por una corriente migratoria que partió del Altiplano de México.

Las corrientes migratorias

Esta corriente se ubicó en el *bosque seco tropical* del Pacífico. Perteneciendo a las familias lingüísticas del Norte de América (*Hokan-Siux*, *Oto-Mangue* y *Uto-Azteca*), constó de varios pueblos: Maribios o Subtiabas, Mangues o Chorotegas, y Nahuas o Nicaraguas (llamados también Niquiranos). Asentadas en llanuras cercanas o lagos y volcanes, dichas culturas se organizaban en pueblos o villas agrarias bajo gobiernos teocráticos encabezados por *monexicos* (concejos de *güegües* o viejos) o por *teydes* (o caciques). Afines totalmente a los pueblos superiores de México, man-



tenían un activo comercio de trueque o intercambio con los pueblos vecinos. Además de guerrear entre sí y ejecutar sacrificios humanos, e incluso la práctica de la antropofagia ritual con los venidos, desarrollaban una floreciente agricultura sustentada en el maíz; pero también cultivaban frijoles, cacao, algodón, tabaco y otras plantas. Observaban el ciclo meteorológico anual consistente en un semestre de lluvia y otro de sequía. Mas no concebían el riego ni la construcción de terrazas como otras culturas mesoamericanas y, por citar sus rasgos más importantes, elaboraban un arte estatuario y cerámico avanzados. Basta aludir a las estatuas pétreas de los Chorotegas en las islas del Gran Lago (Ometepe, Zapatera e isletas de Granada) y a la «Cerámica Luna» de los Nicaraguas de Rivas.

Subtiavas

Subtiavas, Chorotegas y Nicaraguas, por tanto, se hallaban en la citada zona del Pacífico a la llegada de los españoles; tras una procedencia septentrional. Íntimamente relacionados con los Tlapanecas de Oaxaca y oriundos del territorio correspondiente al Estado de Guerrero, México -aunque con antecesores en los Estados Unidos, como los Hokanos de California-, los Subtiavas o Maribios arribaron a Nicaragua siguiendo a los Mangues o Chorotegas. Atravesando El Salvador y la costa occidental de Honduras, penetraron por el río Negro alrededor o después del siglo XI de nuestra era. Los Maribios ocuparon la zona llana al Oeste de la cordillera volcánica del mismo nombre (adulterada posteriormente en Marrabios) que los españoles bautizaron provincia de los Desollados. ¿La razón? Un recurso para resistir, con el fin de infundirles miedo, a los conquistadores: el enfrentarse a ellos revestidos de las pieles de sus viejos que habían matado. En realidad, esta acción no era más que la práctica del culto sangriento a Xipe, uno de los dioses chichimecas. Otro grupo de Maribios se hallaba, según Gonzalo Ferrnández de Oviedo, a treinta leguas de León: los Maribichicoas que unas décadas atrás -mediados del siglo XVI-



habían emigrado por hambre a esa región que el cronista llamó bancos de Cuatahiguata.

Chorotegas

Los Mangues o Chorotegas y los Nahuas o Nicaraguas constituían, a la llegada de los conquistadores, las principales culturas de la zona del Pacífico. Los primeros -que habían desalojado del Istmo de Rivas a otros pobladores: los Chontales- llegaron cuatro siglos antes de los segundos. Por eso el cronista Ferrnández de Oviedo y Valdés los consideraba *señores antiguos e gente natural de aquellas partes*, diferenciando su lengua. «que llaman de Chorotega» de la predominante: *la que llaman de Nicaragua, y es la mesma que hablan en Méjico o en la Nueva España*. Pero también los Chorotegas y su lengua, como hemos visto, eran de origen septentrional o mesoamericano.

En efecto, identificados como los principales habitantes de Cholula (región del Centro de México), fueron desplazados por los Olmecas huyendo hacia Soconusco (Sur de Chiapas). De allí, con el tiempo, migraron al Sur llegando a la costa del Pacífico de Nicaragua y Costa Rica alrededor del año 800 d.C., según etnólogos como Anne M. Chapman y arqueólogos como Paul F. Healy. Otros autores, basados en el cronista Antonio de Remesal del siglo XVII, sostienen que los chiapanecos procedían de Nicaragua. *Es por esto -expresa uno de ellos- que en el Istmo de Tehuantepec existen ríos, montañas y poblaciones con nombres nicaraguenses*. Lo cierto es que se arraigaron en el área de Chiapas, donde probablemente fueron influidos culturalmente por los Mayas. Más aún: Lothrop clasifica a los Chiapanecos como los Chorotegas de México y transcribe un documento rescatado por el abate Brasseur de Bourbourg en el cual los Chiapanecos afirmaban que habían colonizado una parte de la provincia de Nicaragua.



Desde un principio, los Chorotegas dominaron desde el golfo de Fonseca al de Nicoya. La posterior invasión de los Nahuas los dividió en cuatro regiones: *Choluteca*, donde vivían los *Cholutecas malacos*, en el área del primer golfo; *Nagrando*, en la llanura de León y al occidente del Lago de Managua, cuyos habitantes recibieron el nombre de *nagrاندanos*; la *Manguesa*, tierra de los *dirrianes* que abarcaba Masaya y los pueblos; y la parte más Sureste perteneciente hoy a Costa Rica -en la cual radicaban los Oroitnas.

Mientras tanto, en el *bosque húmedo tropical*, propio de la zona del Atlántico, habitaban culturas pertenecientes al tronco o *stock* lingüístico ubicado en el sur de América. Al respecto, se ha puntualizado la procedencia macro-chibcha de los habitantes de esa región, cuyos más antiguos antecesores parecen haber emigrado del Sur de Venezuela a la zona de Bluefields unos cuatro siglos antes de Cristo. Tales inmigrantes dejaron tan pocos artefactos que no permiten identificarlos ni lingüística ni etnológicamente. A quienes les sucedieron, por el contrario, se les ha detectado una vinculación con los Chibchas de Colombia.

Sumos y Miskitos

Hablamos de los Sumos, Miskitos y Ramas. Ocupando la vertiente caribe, esas culturas se hallaban dispersas a lo largo de selvas interrumpidas en algunas zonas por sabanas de pinares y a orillas de ríos caudalosos que formaban pantanos, deltas y lagunas litorales. Sumos y Miskitos tenían una relación mayor, como se ha comprobado en sus respectivas lenguas. Al comparar éstas, el lingüista Robert Carmack encontró en una muestra de cien palabras que al menos el 50% eran comunes y parecidas entre el miskito y tres de los dialectos sumos: el *ulúa*, el *twahka* y el *panarnaca*, los únicos supervivientes hasta nuestros días. De acuerdo a un análisis glotocronológico -método creado por el norteamericano Morris Swadesh-, este porcentaje demuestra que la separación del grupo



madre se dio hace aproximadamente dos mil años. Pero si los Sumos tendieron a la dispersión, los Miskitos conformaron una unidad más consistente, sobre todo a raíz de su alianza con los ingleses en los siglos XVII y XVIII.

Denominados *Sumos*, *Smoos* y *Smus* por los ingleses, los Sumos reconocían en su mitología -que sustenta una pretérita realidad histórica- el origen común con los Miskitos. Ambas culturas habían nacido, según esa tradición recogida a principios de este siglo, a orillas del río Patuka, no muy lejos de la confluencia del Wampú, donde emergía una roca con el símbolo de un cordón umbilical que señalaba el lugar de nacimiento del Gran Padre (Maihahana) y de la Gran Madre (Ihwana), progenitores de todos los Sumos y Miskitos.

Ramas

Con una presencia menor, los Ramas pertenecían directamente al tronco Chibcha. Su lengua es una de las que hablan los grupos indígenas de Costa Rica, entre ellos los Guatusos. A principios de este siglo, Walter Lehman examinó una lista de 61 palabras en ambas lenguas, concluyendo que eran casi idénticas o mutuamente inteligibles. Ellos vivían al sureste de Nicaragua: en la cuenca sur del Gran Lago y en los territorios drenados por los ríos San Juan, Indio, Maíz y Punta Gorda.

Estos habitantes autóctonos de la región atlántica desarrollaron culturas afines, en lenguas y costumbres, a los pueblos circuncaribes de Sudamérica. Precisamente, con otros de las tierras bajas de Centroamérica, se les ha ubicado dentro de ese complejo cultural al que Frederick Johnson le advierte «un molde distintamente suramericano» para diferenciarlo del complejo norteño o mesoamericano. Tal complejo presenta estas cuatro características: ausencia de poblados naturales, una organización político-social rudimentaria, una economía semi-nómada que no permitía



la domesticación de animales de ninguna especie y, en materia religiosa, el ejercicio del shamanismo.

Antecesores de los actuales Miskitos, Sumos y Ramas, también eran hábiles cazadores y pescadores, se transportaban en canoas o pipantes (*Kurín* en ulúa, *dorí* en twakha, *kuring* en panamaka, *durí* en miskito y *ut* en ramal), tejían harnacas y vestidos de tuno -extraído de la corteza del *Poulsenia armata*- y practicaban una agricultura basada principalmente en la yuca, además de alimentarse con el fruto de la palma de pilibaye.

Matagalpa o Chontales

Según algunos etnólogos, los Matagalpas -ubicados en la región Noroeste- estaban emparentados con los Sumos y Miskitos hasta el grado de integrar una sola familia bautizada por ellos «Misumalpán» (Miskitos-Sumos-Matagalpas). Pero otros, como Walter Lehmann, sostienen que su lengua tenía más relación con el lenca del Centro y Sur de Honduras, el ulúa de la misma zona y el cacaopera y potón del Oriente de El Salvador. Realmente, no se ha establecido con claridad si los Matagalpas eran de procedencia meridional o septentrional. Lo cierto es que fueron los «Chontales» o «Populucas» -vocablos que en náhuatl significa, respectivamente, extranjeros y rudos- de los cronistas del siglo XVI y XVII que los trataron en forma despectiva. Por ejemplo la expresión «sos un chontal», según Antonio Vásquez de Espinosa que la escuchó en 1613, era sinónimo de tonto. Sin embargo, los «Chontal-Matagalpa» -como hace poco y en forma correcta se les denomina- debieron alcanzar un nivel cultural más alto del que se les atribuye; aparte de los «calpules» o montículos funerarios, las estatuas de piedra descubiertas en el actual departamento de Chontales, y conservadas en el Museo de Jigalpa, lo indican suficientemente.



Aproximaciones cronológicas

¿En qué orden aparecieron estas culturas neo-íticas dentro del territorio que corresponde hoy a Nicaragua? Esta pregunta ha sido respondida ampliamente por los estudiosos, pese a sus leves contradicciones. Antes de recurrir a los testimonios históricos, es necesario tomar en cuenta la tradición de los Miskitos, quienes insisten en que sus antepasados habitaron la región lacustre del Pacífico y que fueron desalojados por los Mangues o Chorotegas, procedentes del Norte. Entonces se retiraron a las costas orientales del Gran Lago o actual departamento de Chontales. Según Karl A. Müller, permanecieron allí más de un siglo, desde principios del XI hasta comienzos del XII; y, según Eduardo Conzemius, su arraigo duró en dicha región cerca de un siglo.

Presionados de nuevo, esta vez por los Matagalpas o Chontales -o por los Sumos, según otros- emigraron al litoral del Caribe, donde hasta en ese momento -afirma Jaime Incer- se diferenciaron en Sumos y Miskitos. Lo indiscutible de la tradición es que el líder de ese peregrinaje se llamaba *Waikna* (hombre) y que su hijo *Lakia Tara* (Gran Estrella), una vez conquistado el referido litoral, emprendió la expansión de su pueblo. Sus dominios llegarían a Honduras y Costa Rica, obligando retroceder a Payas y Sumos.

En su *Arqueología de la América Central*, Doris Stone establece que los Mangues o Chorotegas desalojaron a los *Corobici*, un grupo ístmico de origen sureño. La misma investigadora consigna que los Corobici de habla Chibcha habitaban la península de Nicoya y algunas islas nicaraгуenses, incluyendo las tierras fronterizas del Oriente y la franja del Pacífico (cerca de Rivas) del Gran Lago de Nicaragua, antes de la llegada de los Mangues o Chorotegas. Pero ahora -concluye, identificándolos- se reducen a una faja del banco oriental de la cuenca del Tempisque, sobre la cadena volcánica donde se encontraron con los Voto, igualmente de origen sureño. Los «Corobici» («Caribisis» o «Karbies»), pues, vivían du-



rante la época de la conquista en el territorio de Nicoya que perteneció a Nicaragua hasta el siglo XIX.

A esta otra cultura de procedencia meridional, siguieron las de origen septentrional ya enumeradas, o sea, los pueblos aborígenes del Pacífico que ofrecían una evolución más compleja que los del Atlántico.

Aparte de los referidos, hubo otros dos pueblos que hablaban lenguas propias: *potón y tacacho*; el primero lo detectó el licenciado Palacio en 1576 y el segundo el franciscano Antonio de Cibdad Real en 1586. Localizados cerca de los Maribios o Subtiavas, ambos tiene un linaje lingüístico independiente o incierto.

Las tres migraciones Nahuas

Lo que ha quedado claro son las tres migraciones de Nahuas. La primera, simultánea a la de los Chorotegas, procedió de la región de Cholula hacia mediados o finales del siglo XIII d. C. Sus rasgos culturales revelaban una filiación teotihuacana -hasta cierto punto influidos por la cultura del Tajín- y, desde luego, hablante del *náhuatl* (sin l), anterior al náhuatl clásico de los aztecas. Entre aquellos estuvieron los pipiles y los que más tarde se denominaron *Nicaraguas*, llamados también *Nicaraos*, que se asentaron en el Istmo de Rivas y desalojaron a los Chorotegas.

La primera fue consignada por los caciques *Nicaraguas* en el interrogatorio que les hizo Fray Francisco de Bobadilla en 1528. *No somos naturales de aquesta tierra e hace mucho tiempo que nuestros predecesores vinieron a ella, e no se nos acuerda que tanto ha... La tierra de donde vinieron nuestros progenitores se dice Ticomega e Meguatega, y es hacia donde se pone el sol: e viniéronse porque en aquella tierras tenían amos a quien servían,*

*e los tractaban mal. Walker Lehmann identificó Ticomega y Maguatega con Ticomán y Miahuatán, dos pueblos cercanos a Cholula, región de donde salieron -según Torquemada- hacia 7 u 8 vidas de ancianos, de aquellos que acostumbraban a secar el sol de tan viejo. Pues bien, Lothrop calculó de 50 a 70 años la duración de esos viejos ignorando -afirma Mánica- que el «Huehuetiliztli» comprendía un período de 104 años. Y concluye el mismo Mánica: *Quienes informan a Torquemada, hablan en 1580. Retrocediendo 7 u 8 veces 104 años desde esta fecha tenemos que la migración debió tener lugar entre el año 748 al 852; y el promedio de ambos es el año 800 d. C.**

La segunda migración, que tuvo lugar alrededor del 1,200 d. C., penetró por vía marítima en el Golfo de Fonseca a través del Estero Real, siendo ya -como aseguramos- de Toltecas y Chichimecas. Esta dejó no sólo la colonia de los Nahuatlato o intérpretes, establecidos junto al volcán Concepción. También el culto a Xipe Tepec-el descarnado Dios de los Toltecas Chichimecas- que asimilaron los Maribios o Subtiavas. Dicho culto, manifestado en despellejar a las víctimas y vestirse ceremonialmente con sus pieles, hizo que los españoles bautizaran esta zona como provincia o Valle de los Desollados.

Y la tercera, remontada lo más temprano a principios del siglo XV d. C. no fue otra que la comercial -o ruta del oro de Moctezuma- de los llamados *Pochitecas*. Estos atravesaron el centro del territorio, bordeando luego la costa oriental del Gran Lago, hasta llegar y recorrer el río San Juan para salir al Atlántico. Es la que Torquemada alude con estas palabras: *También se dice, que de esta Generación de Indios, fueron algunos de ellos atravesando, y aportando a la Mar del Norte, y cerca del Desaguadero, está un Pueblo de ellos, y hablan en lengua Mexicana, no tan correcta como esta otra de los Pipiles. Y asimismo dicen, que fueron por la Costa del Mar del Norte, al nombre de Dios, que no es muy lejos del Desaguadero... Pues bien: ese pueblo -léase bien- estaba cerca del «Desaguadero» y no junto a su desembocadura, como han ubicado a este gru-*



po Nahuas los arqueólogos e historiadores, entre otros Samuel Kirtland Lothrop.

Lo que no está clara es la precisión cronológica del desalojo de los Chorotegas por los Nahuas. ¿Se realizó durante la primera o segunda migración? Las opiniones de los autores modernos difieren: se inclinan tanto por una como por otra. Lo indiscutible es que pobladores Nahuas llegaron al istmo de Rivas, como indica Torquemada: *Y allí estuvieron algunos días como huéspedes, y pensaron una traición, para poderse quedar con aquella tierra; y fue, que demandaron Tamenes (esto es muchos indios de carga) para que les ayudasen a llevar su Recuaje, o hacienda, y ellos por quitarse de la pesadumbre, que les daban, diéronles muchos indios, y salieron aquel día, y asentaron aquella noche no más de una legua de allí, al Río que se dice de las Piedras, y en dormiéndose los Tamenes, matáronlos, y luego volvieron de Guerra, y mataron también a los que quedaban en el pueblo; y lo que se escaparon, fueron huyendo a donde ahora se dice Nicoya, y a donde aquellos Traidores quedaron, se dice Nicaragua. Con ello, los Nicaraguas desplazaron a los Chorotegas por el sur al golfo de Nicoya y por el norte hasta la frontera del río Ochomogo, apropiándose del istmo de Rivas y de su principal producción: el cacao.*

Anne M. Chapman reconoce que entre ambas culturas se había producido un grado de asimilación y transculturación, reflejado en ciertas características e instituciones similares. Por algo eran mesoamericanas. Mas nunca alcanzaron el nivel de las de México. Por ejemplo, en Nicaragua no se construyeron calzadas empedradas ni puentes colgantes, mucho menos hornos subterráneos y patios con anillo para el juego de la pelota. Tampoco se levantaron altas, masivas y escalonadas pirámides de piedra.

Los Chorotegas y Nicaraguas, en este sentido, tenían un carácter marginal en relación a los pueblos mesoamericanos más septentrionales. Estaban vinculados a ellos por una tradición cultural manifestada en cultivos agrícolas, «libros» plegados, clanes patri-

moniales del tipo *Calpulli*, uso del comal para cocinar tortillas, gueras floridas con el fin de obtener víctimas para sacrificarlas, aspersión de santuarios con sangre de esas víctimas, canibalismo, etc. Pero la integración y el desarrollo de aquellos les era ajeno.

Las fuentes históricas suministran más información de los Nicaraguas que de los Chorotegas. La razón estriba en que los primeros poseían mayor vida comunal y una sociedad más estratificada. Los cronistas, por tanto, tenían que observar más particularidades en ellos. Sin embargo, los Chorotegas no carecían de rasgos distintivos. *Las dos culturas diferían - escribe Chapman - porque poseían tradiciones históricas distintas; eran similares porque había estado en contacto por un número de siglos. Lo que resumiremos a continuación es el desarrollo material alcanzado por ambos pueblos.*

Cultura, sociedad y cosmovisión de Nicaraguas y Chorotegas

La influencia del Norte, como hemos visto, predominó en la cultura material. El uso del cacao como moneda, la vestimenta masculina y femenina, la espada de madera con filas de dientes de pedernal y la coraza de algodón fueron otros ejemplos de esa procedencia. Por su lado, la influencia sureña -de origen Chibcha en su mayoría- era comprobable en los tipos de viviendas, en el tatuaje, en el hábito de la coca (llamada yaat por los Nicaraguas) que servía de estimulante y en el de las bebidas tóxicas ingeridas en cantidades desmesuradas.

Viviendas

Las viviendas se construían con horrones y vigas de maderas, recubiertas de paja y barro, con piso de tierra, hallándose esparcidas -como dice Fray Bartolomé de las Casas- *varias leguas en luengo*. Pero las plazas estaban rodeadas del templo (levantado



con los mismos materiales de las viviendas y con oscuras capillas interiores donde se custodiaban pequeños ídolos o dioses domésticos), de las residencias del cacique y de los nobles. Esta disposición urbanística, tal como lo revela la plaza del cacique Agateyte, se caracterizaba por la funcionalidad de las construcciones y su armoniosa distribución en el espacio.

Transporte y alimentación

Ignorando el uso práctico de los metales y de la rueda, carecían de cuadrúpedos útiles para el transporte. Este, en consecuencia, era realizado por la fuerza muscular y la habilidad manual de los *tamenes*, *tamenes* o cargadores que trasladaban las veredas. Si el transporte resultaba primitivo, la alimentación no podía ser mejor, dada la fertilidad de las tierras y la abundancia de los productos: maíz, cacao, frijoles, yuca, tabaco -que los indígenas fumaban en cigarrillos después de comer- chile, calabaza y numerosas legumbres, además de algodón, henequén y achote.

Caza, pesca y recolección

Los indios completaban su alimentación con los productos de la caza, la pesca y la recolección. El territorio estaba dotado de venados, jabalíes, dantos, armadillos, pisotes, iguanas, y muchos *conejos y liebres* -informaba Fernández de Oviedo-, *ni más ni menos como los de España*. También comían pavos monteses, perros pequeños *xulos* -que no ladraban-, codornices y guardatinajas. Los lagos y ríos, aparte del mar, ofrecían una gran variedad de peces. En la laguna de Masaya los Chorotegas pescaban unos pecesillos con los cuales preparaban especies de tortillas, similares a las mojarras de Mateare que perduraron hasta nuestros días. Los árboles frutales crecían en forma exuberante: nísperos, papayos, jocotes -con los cuales se elaboraba una bebida alcohólica-, piñas, guabas, guanábanas, nancíes, caimitos, zapotes y muchísimos



otras más a las que los indios eran muy aficionados. Por fin, con la recolección de la miel silvestre, endulzaban sus bebidas a falta de azúcar de caña; además, recogían cera y sal.

Cerámica y escultura

La cerámica, bicroma y policroma, era el aspecto artesanal más adelantado de los Chorotegas y Nicaraguas, aunque desconocían el torno del alfarero. De carácter doméstica y ornamental, ritual, funeraria y recreativa, se apreciaba en una buena cantidad de formas: ollas, vasijas, platos, incensarios, urnas cinerarias, silbatos, etc., rigurosamente labrados. Entre los silbatos, pitos u ocarinas, el Museo Tenderí «José Ma. Gutiérrez» conserva dos ejemplares únicos: uno ofrece formas antropomorfas de arriba hacia abajo y viceversa; el otro cuatro formas zoomorfas (lora, chapulín, pez y lagarto) en cada uno de sus lados, logrando una especie de original ejecución en un abismo objeto.

Asimismo, Chorotegas y Nicaraguas trabajaban la piedra con los mismos objetivos de la alfarería, produciendo *metates* (piedras de moler), hachas pulidas y talladas, idolillos, mujeres cargando sus crías, cabezas humanas, estatuas antropomorfas con figuras zoomorfas, artefactos caseros -como los morteros destinados a macerar ciertos alimentos- y otros utensilios, estudiados por antropólogos, arqueólogos e historiadores del arte.

El jade

Dentro de la lítica, el jade tenía una importancia artística por su colorido que varía desde el verde oscuro al verde manzana y el azul claro, pasando por todos los matices del gris hasta el blanco, más su capacidad de pulimentación que lo hacían muy codiciado. Según Joaquín Matilló Vila, *su misma rareza convertíalo en mate-*



rial de lujo, exclusivo de la nobleza y, por ende, símbolo de rango y poder.

Vestido

El vestido de varón consistía en unas coloreadas camisas de algodón sin mangas y un largo ceñidor blanco, de unos doce centímetros de ancho, con el cual -retorcido- se daban muchas vueltas en el cuerpo, del pecho a las caderas, pasando por el trasero y los muslos para cubrir los genitales. La mujer se cubría con una enagua -o huipil- que le llegaba hasta las rodillas, o hasta los tobillos si era principal; y con unas amplias blusas de algodón, producto que hilaban y tejían las indígenas.

Artesanía

Otro tipo de confección artesanal se realizaba con las fibras vegetales -cabulla, palma o pita- de las que salían petates, mecate, hamacas, redes, cestos, etc. Utilizaban los indígenas, igualmente, las cañas de un cardo llamado *ospanguazte* para elaborar escobas y, con el cuero de venado, caítes de dos suelas que se prendían con unas cuerdas de algodón o correas desde los dedos del pie al cuello del pie o tobillos a manera de alpergates. Además, hacían peines con puas de huesos de venado -que parecían de marfil- o negros de madera *rescia e muy gentil, e son buenos e a manera de esparpidores, malos los dientes.*

Pictografía

Tanto Chorotegas como Nicaraguas poseían el arte de la pictografía. Con tinta roja y negra, pintaban sus caracteres y figuras -designando heredades, carninos, montes y bosques de acuerdo a la opinión de los ancianos para poder dirimir los litigios- en



cueros de venado. Con ellos -del ancho de una mano y diez o doce pasos de extensión- formaban «libros» que, doblados como acordeón igual que los aztecas, no eran *lengua ni escritura* -como lo refiere Fernández de Oviedo-, pero los entendían claramente.

Otras formas de preservar la tradición eran la enseñanza que de las creencias antiguas transmitían los sacerdotes a niños y jóvenes; la cuenta calendárica de diez meses o *campuales*, cada uno de ellos divididos en veinte días; la composición de cantos -para conservar la memoria de las cosas pesadas- de los que sólo ha podido rescatarse uno.

Armas

Las armas ofensivas se reducían a macanas o espadas de madera con pequeños cuchillos de pedernal en ambos lados, lanzas con puntas de huesos humanos afilados, arcos y flechas -también con puntas de huesos-, garrotes o clavos -que terminaban en piedras como anillo, estrella o cabeza de animal- y hondas. Y las defensivas a escudos de madera durísima, cascotes y armaduras de algodón. Y es que la sociedad precolombina de Nicaragua, establecida en la zona del Pacífico, era dominada por guerreros y religiosos. Por eso ocupaban el estrato más alto.

Caciques

Aparte de su carácter militar, los *teydes* -llamados «caciques», palabra antillana de reciente cuño, por los españoles- se distinguían por sus funciones políticas, privilegios económicos, poder social y estilo de vida. Entre los Nicaraguas ejercían el poder despóticamente, percibían el cacao en forma de tributo y estaban rodeados no sólo de capitanes sino de cierto número de guerreros que los indios comunes no venían nunca. Educados esmeradamente durante la juventud, disponían de numerosos servidores y



se caracterizaban por el señorío de sus costumbres y su capacidad intelectual. El cacique Nicaragua, al que admiraría el conquistador Gil González Dávila en abril de 1523, fue prototipo de ellos.

Antes de asumir su cargo, cada cacique permanecía un año recluido en el tiempo principal, sin hablar con nadie, sólo recibiendo a un niño que a diario le suministraba alimentos. Al cabo de ese período, en el que trataba de comunicarse con los dioses, se le ofrecía una fiesta, adoptaba un adorno nasal y tomaba posesión. Todos los caciques, además, se diferenciaban por un tatuaje distintivo. Agateyte, en Tezoatega, tenía todo el cuerpo pintado cuando lo visitó Fernández de Oviedo: a la venerable figura precolombiana, el cronista español la describió *alto de cuerpo y seco en el hablar, de unos setenta años, cabello y barba largas con muy pocas pelos blancos, la última.*

El Monexico

Los Nicaraguas, pues, se gobernaban por caciques. Pero éstos consultaban a un consejo de *güegües* o viejos. Entre los Chorotegas, por su lado, el poder descansaba prácticamente en ese consejo de ancianos llamado Monexico que, integrado por los más viejos y sabios de cada población o tribu, elegía al cacique o jefe militar que no sólo podía destituir, sino también eliminar. Fernández de Oviedo revela:

...no se gobernaba (la provincia chorotega de Nagrando) por cacique e unico señor, sino a manera de comunidades por cierto número de viejos escogidos por votos; e aquellos creaban un capitán general para las cosas de la guerra, e después de aquél con los demás regían su estado quando moría o le mataban en alguna batalla o recuento, elegían otro, e a veces ellos mesmos lo mataban si lo hallaban que era desconveniente a su república.



Electos, tales ancianos servían su cargo por «cuatro lunas»; cumplido ese tiempo, tornaban a sus ocupaciones usuales como cualquier vecino.

Capitanes y Tamagast

Encargados de la administración territorial, los capitanes que acompañaban al *teyde* eran unos veinte o veinticuatro, como los de Agateyte reportados por el mismo Fernández de Oviedo; especie de caciques menores, comunicaban a la población las decisiones del cacique, en particular lo relacionado con la guerra y la recaudación de tributos que ellos emprendían.

Como los caciques, viejos del *monexico* y capitanes principales, los sacerdotes -o *tamagast*- formaban parte del estrato alto. No tenían propiedades (*propios ni rentas*) dice Fernández de Oviedo, pero se comían las ofrendas de alimentos que se colocaban ante los ídolos guardados dentro de los templos. Chapman cree que, asimismo, percibían una parte del tributo en cacao entregado a los caciques. Usualmente, eran asistidos por los jóvenes guerreros vírgenes que vivían en el cabildo contiguo al templo.

Confesores, otros capitanes y oficiales

Otros miembros del mismo estrato lo constituían los confesores, capitanes de guerra y oficiales de mercado. Los primeros no eran sacerdotes sino ancianos nombrados por el *monexico* para ejercer ese oficio durante un año. Se les reconocía por una señal al cuello: una calabaza. En el momento de ser escogido, debía ser soltero y se le tomaba juramento de reserva. También debía continuar viviendo en su propia casa, adonde llegaban los jóvenes a confesar sus fallas y faltas -como irasistencia a los templos y a fiestas religiosas o desconfiar de los dioses por no haber concedi-

do cosechas-, asignándoles penitencias como barrer la plaza y obtener leña para los templos.

Los capitanes de guerra surgían de los guerreros comunes en las batallas, cuando sus matanzas o capturas de los enemigos eran palpables. Les rasuraban toda la cabeza, excepto la coronilla, en señal de honoroso reconocimiento; llamados *tapaguili*, eran -según Fernández Oviedo- como *caballeros muy estimados entre los mejores de los de estas tres lenguas, nicaragos, chorotegas y chontales*.

Los oficiales de mercado ejercían la función del control absoluto en los *tiangues*. Allí sólo podían entrar muchachos y mujeres, nunca hombres. Nominados por el consejo de ancianos por cuatro meses, siempre había dos en cada mercado.

La gente común

Si a los miembros del primer estrato los etnólogos los denominaban *nobles*, a los del segundo les llaman *plebeyos*. Agricultores, artesanos, vendedoras en el mercado, cazadores, pescadores, guerreros comunes y prostitutas (*guatepotes*) constituían esta «clase» - la más numerosa - que pagaba tributo a los caciques. Tal era la gente común, entre la cual sobresalían los agricultores que proporcionaban la mano de obra para la producción. Pero, como la tierra sólo les exigía una labor de tres meses al año, se dedicaban luego a la artesanía y, al igual que los otros miembros masculinos de su estrato, a la guerra.

Los esclavos

Hereditario, el *status* podía mejorarse obteniendo riqueza, integrando al *monexico* y destacándose en la guerra. Sólo el esclavo era el rango social no hereditario. Normalmente, lo adquirirían los



prisioneros de guerra, destinados al servicio doméstico y en última instancia al sacrificio y mesa de los poderosos. Mas también el que tenía necesidad se vendía a sí mismo, costumbre que entraba en contradicción con la existencia de mendigos, a quienes en las casas de los ricos se les aseguraba lo que pedían.

Chapman aclara que la esclavitud derivaba de las siguientes circunstancias: *Un esclavo se define aquí como alguien que era vendido... se vendían hombres en el mercado por cien o más almendras de cacao. Habían dos fuentes de esclavos: 1. Una persona, presumiblemente uno del pueblo, podía venderse a sí mismo o a sus hijos porque estaba endeudado... 2. Una persona podía ser vendida y así quedar esclavo como castigo por haber cometido asesinato, robo o estrupo, y bajo estas circunstancias la parte ofendida o su familia podían escoger entre usar el esclavo ellas mismas o recibir el monto de la venta como compensación.*

La guerra

Como apuntamos, la guerra era primordial para la sociedad en vista de su frecuencia por límites de tierras, indispensables éstas en una economía básicamente agrícola y para conseguir prisioneros con el fin de sacrificarlos, ofrecer su sangre a los dioses y comer sus restos. Samuel Kirtland Lothrop observa que el fin principal de la guerra era matar, a diferencia de los mexicanos que procuraban la captura de enemigos vivos para llevarlos al sacrificio.

El cacique no marchaba al frente sino que, en el caso de los Nicaraguas, nombraba a un jefe militar. Los Chorotegas, como vimos, reservaban dicho nombramiento al *monexico*. «Si ese jefe era muerto, y el cacique se hallaba presente -añade Lothrop- inmediatamente nombraba a otro jefe o tomaba el mando él mismo; de otra manera, se retiraba». Las obligaciones del jefe militar consistían en dirigir las operaciones estratégicas y en exhortar a sus hombres a que fueren *valientes o maten cuantos pudieren de sus ene-*



migos e corten brazos e cabezas e lo demás de sus contrarios, e que no huyan (Fernández de Oviedo). El mismo cacique salía al encuentro de sus tropas y las recibía con gran júbilo en caso de victoria -mandado a sacrificar inmediatamente varios cautivos- y con muchos lamentos, acompañado de sus capitanes, en caso de derrota.

Costumbres diarias

Además de hilar y tejer algodón, la mujer se dedicaba a vender en el tiangué. Por su parte, el hombre -antes de salir a sus labores en el campo- debía barrer la vivienda y dejar encendido el fuego.

Los Nicaraguas se rapaban la mitad delantera de la cabeza, incluidas las patillas; con el resto del cabello tomaban, de oreja a oreja, una coleta que pendía desde la coronilla. Los *tapaligui*, o guerreros fogueados y exitosos, se distinguían por una forma propia de llevar el cabello: con un círculo de pelo corto hasta una pulgada, de cuyo centro brotaba un mechón más largo a manera de borla. En general, los indígenas de Nicaragua se esmeraban en andar muy bien peinados.

Igualmente, se horadaban la lengua, las orejas y hasta el miembro viril. Las mujeres usaban sargas de cuentas y otros adornos al cuello. Los hombres se tatuaban con una especie de carbón llamado *tite*; y, por la forma de cada tatuaje, se reconocían los pertenecientes a cada plaza, tribu o cacique. La deformación craneana, consistente en una hendidura desde la frente hasta el occipital, era practicada por mandado de los dioses, para procurar hermosura y dar consistencia al cráneo con el fin de soportar las cargas.



Balies

Chorotegas y Nicaraguas, como pueblos primitivos, eran adictos a los bailes -complementados con bebidas embriagantes- y no sólo durante las festividades religiosas. A los más comunes los cronistas llamaron *areitos* «en los cuales -observó Fernández de Oviedo- anda tan espeso el vino como el cantar, hasta que caen hechos cueros borrachos y tendidos en el suelo. En muchos de los que sí se embriagan se quedan allí donde caen, hasta que el vino se les pasa o viene el día siguiente, porque el que le ve caer de su compañía, más le ha envidia que no mancilla, e aun porque no entró a baylar sino para quedar de aquella manera. Tales areitos, como se ve, constituían uno de los mayores placeres de nuestros indígenas prehispánicos.

Había otro tipo de baile que describió Girolamo Benzoni a raíz de su visita a Nicaragua en 1546. Docientos o trescientos indios, quienes preparaban el sitio donde danzarían bariéndolo de antemano, eran dirigidos por uno de ellos que, adelantándose y caminando de espaldas, se daba vuelta de vez en cuando, siendo imitado por los demás en grupos de tres o cuatro. Quienes tocaban el tambor comenzaban a entonar algunos cantos y el director de la danza era el primero en responderle. Y añade Benzoni:

Después los demás hacen lo mismo progresivamente. Algunos llevan un abanico en la mano, otros un calabazo a guisa de sonajero; algunos llevan plumas en la cabeza, otros cuentas de conchas de mar en los brazos y piernas; unos de un modo, otros de otro, algunos levantan las piernas, otros sacuden los brazos; unos remedan al ciego, otros al cojo; unos ríen, otros lloran; y así haciendo muchas muecas y bebiendo con frecuencia el cavavote bailan todo el día y a veces también parte de la noche.

Obviamente, este último baile contenía elementos dramáticos; aunque se reportó hacia la mitad del siglo XVI, debió ser tan



prehispánico como la ceremonia propiciatoria a Cacahuat-dios del cacao- que culminaba con una fiesta danzante.

Juegos

Fernández de Oviedo fue testigo en Tezoatega (hoy El Viejo, departamento de Chinandega) de esta ceremonia, ejecutada al final de la recolección del cacao, o Juego del Volador. En medio de la plaza -detalla el cronista- sembraban un palo como de ochenta palmas y encima, sobre la punta colocaban un ídolo pintado: *cacahuat*. Debajo de él se formaba un pequeño cuadro de palos en cuyos extremos pendían dos muchachos de siete u ocho años: uno portando un arco en una de las manos y en la otra un manajo de flechas; y el otro llevaba en las suyas, respectivamente, un abanico de plumas y un espejo. Dábanle vuelta al palo con una cuerda gruesa de bejuco o cabulla, enrollándola en el palo y tirando luego para dar impulso a los muchachos que daban vueltas alrededor y volaban hasta que, desenrollándose toda la cuerda, caían lentamente sobre la tierra. Daniel G. Brinton interpreta:

Cualquiera familiarizado con el símbolo náhuatl, entenderá por lo general el significado de esta ceremonia con mucha facilidad. La deidad sentada en el extremo del poste representa el dios de la fertilidad entronizado en los cielos. Los dos muchachos son los mensajeros que él envía a la tierra; las flechas se refieren a los relámpagos que él despidе hacia abajo; el abanico de plumas representa las brisas y los pájaros; el espejo, representa las aguas y la lluvia. Después que los mortales han orado con cánticos por cierta temporada, el dios envía sus mensajeros; los hombres esperan en suspenso su llegada, si ello será para suerte buena o mala; y cuando los mensajeros llegan a la tierra se eleva un clamor de júbilo porque han madurado los alimentos y han sido recogidos, terminando la cosecha.



Lothrop consigna otro juego generalizado en el territorio al que supone de origen local: una versión del Volador. Pero se practicaba, como el anterior, en México; se trata del *cuauhmalacatzli*, denominado *comelagatoztle* por Fernández de Oviedo, que consistía en dos postes terminados por arriba en ganchos, a través de los cuales se ponía un tercer poste horizontal. *Este último se insertaba en un renglón rojizo y largo, perforado en el centro y que rotaba alrededor del poste horizontal que le servía como eje. Dos hombres, cada uno de ellos colgado de uno de los extremos del renglón giratorio, proporcionaban la fuerza motriz levantando su propio peso. Ese deporte lo conocían los nicaraos y los chorotegas.*

Matrimonio y prostitución

La monogamia, rara entre los principales, florecía en los otros estratos. Los caciques podían tener cuantas mujeres o esclavas quisieran y sus allegados las que pudiesen «dar de comer», mas sólo a una consideraban legítima. Lo mismo sucedía entre los indígenas comunes: *...con la que nos casamos, no la podemos dejar por ninguna manera, ni casar con otra durante la vida de la primera* informaba uno de los nicaraos. El matrimonio era concertado por los padres de los novios: el del joven se dirigía al de la novia a proponerle y ambos aportaban frutos (cacao, nispero, etc.) y otros bienes a modo de dote. Se inquiría, antes de la boda, si la novia era virgen. El novio podía aceptarla así, pero muchos preferían las no vírgenes. En caso de engaño, el hombre quedaba en libertad de abandonar a la mujer. La ceremonia se realizaba ante el *teyde*, consistiendo en la unión de los dedos meñiques de las manos izquierdas de los contrayentes; luego se introducían a una vivienda, pequeña, permaneciendo allí hasta que se apagase el fuego obtenido de «unas astillas de tea». quedando entonces casados «e ponen en efecto lo demás». Al día siguiente, el matrimonio motivaba una celebración de los parientes con fiesta (bailes o areítos) y comida, sobre todo de *xulos* o «perros gozques mudos que crían en casa, e son buen manjar».



El matrimonio sin hijos carecía de sentido y ello era causa de disolución. En ese caso, los bienes aportados por la dote retornaban a sus originales dueños. La dote estaba por encima de la virginidad, ya que la novia -si era pobre- podía ejercer la prostitución hasta obtenerla. Tal costumbre incrementaba ese oficio que tenía su centro de contratación en los mercados, donde cada servicio valía ocho o diez almendras de cacao. Algunas prostitutas recurrían a rufianes *no para darles de su ganancia*-expresa Fernández de Oviedo- *sino para se servir dellos e que las acompañen e guarden la casa en tanto que ellas van a los mercados a se vender e a lo que se les antoja.*

Delitos sexuales

El bigamo era desterrado por su familia y despojado de sus propiedades. A la adúltera, el marido la apaleaba y la devolvía a casa de sus padres con todos sus haberes; el segundo -y nunca la primera- tenía oportunidad de volver a casarse y los hijos quedaban bajo la custodia masculina, salvo que el padre dispusiera de otra manera. El adúltero era apaleado por el marido ofendido sin recibir ninguna otra represalia.

Al violador se le capturaba y conducía a casa de los padres de la muchacha, donde era retenido por cinco o seis días mientras se rescataba a sí mismo; en caso contrario, quedaba como esclavo. Si se descubría a un esclavo durmiendo con la hija de su amo, ambos eran enterrados vivos sin ninguna contemplación. El matrimonio estaba prohibido entre parientes carnales y se desconocía el incesto.

Otros delitos

Por otro lado, entre los indígenas había homosexuales, llamados *cuyones*, a quienes los muchachos apedreaban, muriendo a

veces *del mal que les hacen*. Si se mataba a una persona libre, el asesino era reducido a esclavitud, o daba un esclavo en su lugar, o ropa, o «lo que tiene» a los parientes o mujer de la víctima, *e no se le da otro castigo*. El ladrón cogido infraganti era llevado a casa de la persona burlada y allí quedaba hasta compensar lo robado; si no lo hacía, pasaba a ser esclavo. Pero si se redimía, se le cortaba el pelo. El préstamo con carácter de robo era resuelto de esta manera: *El que toma algo prestado, en su mano está pagarlo o no; pero si es mahiz, u otra cosa que se pueda tomar y entregarse, el que prestó véase al mahizal del otro e págase de su mano, sin incurrir en pena.*

Por lo demás, el hombre que entraba al mercado (allí sólo permanecían los oficiales, muchachos impúberes y esclavos en venta) podría resultar apedreado o matado; y, si era de lengua extranjera, vendido para servir de esclavo, o ser sacrificado y comido. Un hombre, en fin, podía abandonar libremente la tribu donde radicaba; pero no podía vender sus pertenencias, las cuales tenía que dejar a sus parientes.

Cosmovisión

En cuanto a la cosmovisión de las dos culturas más importantes, las fuentes históricas, como dejamos dicho, aportaron escasos datos sobre los chorotegas, *señores antiguos y gente natural de estas partes* -repetimos la frase que les aplicó Fernández de Oviedo. Apenas sabemos que llamaban *Tipotani* al ser supremo y creían en el principio de todos los mortales, remontando a un hombre (*Nesguitanali*). Otras de sus deidades eran el Sol y la Luna, además de la diosa bruja del volcán Masaya a la que le ofrecían doncellas, muchachos y niños como víctimas propiciatorias y ofrendas -comidas especiales- en trastos colocados en la cima, donde tenía lugar la ceremonia, según Torquemada: *Allá en aqueello alto de aquel volcán están unos Teocales o Altares sobre los cuales llamaban a sus dioses y ofrecían sacrificio...* Allí, pues, colocaban

tales ofrendas: *A par de la boca desta sima de Masaya -observó Fernández de Oviedo- estaba un gran montón de ellas e platos y escudillas e cántaros quebrados e otras vasijas, e algunos sanos, e de muy buen vidriado e loza de tierra, que solían llevar los indios. ¿Con qué fin? Para pedir lluvia, buena cosecha y salud. Fernández de Oviedo agrega: ...quedando allí iban, llenos de manjares y diversos potajes, e los dejaban allí, diciendo que eran para que la vieja comiese, e por la complacer e aplacar, quedando algún terremoto o temblor de tierra u otro recio temporal se seguía, porque pensaban que todo su bien o su mal prozedía de su voluntad della.*

Dioses de los Nicaraguas

En cambio, el cronista recogió uno de los documentos antropológicos más valiosos y extensos de Mesoamérica: el interrogatorio que en 1528 hizo a los Nicaraguas -a trece representantes de ellos- el fraile mecedario Francisco de Bobadilla; auxiliado por los intérpretes Luis Dávila, Francisco Ortiz y Francisco de Arcos, Bobadilla rescató casi íntegra en el pueblo de Teoca -cerca de Granada- la cosmovisión de esa cultura.

Por ese documento sabemos que los Nicaraguas tenían dioses creadores (*Tamagastad* y *Cippatoral*, el primero «hombre» y la segunda «mujer»), quienes, habitando arriba, hicieron la tierra, los seres humanos y todas las cosas. Morenos y vestidos como los indios, vivían entre ellos, enseñándoles cultivos y otros menesteres; pero después de algún tiempo un diluvio destruyó todo lo viviente, escapándose únicamente la pareja; bajadas las aguas, la misma pareja volvió a reedificar el mundo y a crear los hombres para subir de nuevo al lugar donde el sol se levanta. Ambos, pues, se concebían como creadores, héroes culturales y dioses que gobiernan el cielo.

Esta pareja creadora, característica de Mesoamérica, eran deidades primitivas de sus antecesores que, habitando cerca de

Cholula, hablaban el *náhuatl*. Otros de sus *teotes* o dioses principales se llamaban *Oxomogo* u *Ochomogo*, *Chalchiquēgūe* y *chiccociácatl*, coautores de la creación. El primero es el inventor del calendario y uno de los progenitores de la raza humana en la tradición más antigua de los primeros pobladores del Anáhuac. La segunda, correspondiente a *Chachihueneyé*, era la diosa de las aguas terrestres; y la tercera, originalmente *Chicxaceacatl*, uno de los nombres calendáricos de *Centeotl*, diosa del maíz. Las dos últimas deidades, como se ve, personificaban fuerzas de la naturaleza relacionadas con la agricultura.

Otros eran *Quiateot* -dios de la lluvia- *Hécat* -dios del aire- y *Migtanteot* -dios de la muerte o región bajo tierra- que correspondían, respectivamente, a Tláloc, Echécatl y Miclantecutli de los aztecas. Otros tienen que ver con el intercambio: *Mixcoa*, dios del comercio; con los frutos: *Cacahuat*, dios del cacao; y con la actividad de la caza: por ejemplo *Mazat* -dios de los venados- y *Tostedios* de los conejos-, dos de los veinte meses del calendario. En suma, algunos dioses trataban de responder a las preguntas sobre su propio origen; otros eran personificaciones animistas de fuerzas de la naturaleza a las que necesitaban someter en alguna forma para sus actividades agrícolas. El dios del comercio suponía una cierta voluntad de controlar el azar inherente al intercambio comercial. Y los dioses zoomorfos implicaban la de controlar los animales y organizar la caza.

El más allá

Respecto al más allá, los Nicaraguas estaban convencidos que el «yulio» (alma) del bueno iba al cielo con los dioses y supervivía; por el contrario el «yulio» del malo se aniquilaba o iba hacia abajo (*a una tierra que se llama Migtantéot, ques abaxo y es mala*). El bueno era el que se acordaba de los dioses -y asistía a los templos- o, habiendo *vivido bien*, moría en la guerra; evidentemente, ésta purificaba. El «yulio» -una especie de aire que salía por la



boca- era el corazón pero no el órgano que moría con el resto del cuerpo- y se quemaba para conservarse sus cenizas en un cántaro-, sino lo que, en su interior, mantenía con vida a los hombres. Estos no podían resucitar, al contrario de los niños fallecidos antes de comer maíz, y aún lactantes, que podían volver a vivir en la tierra, a nacer otra vez de sus padres.

Templos y sacerdotes

En los templos, situados en las plazas, se pedía a los dioses por la salud y la lluvia; a los *principales* nadie entraba, salvo el cacique mayor que vivía dentro orando un año. En ellos no se podía sacrificar mujeres, ni introducir su carne; sólo la sangre para rociar a los ídolos. Los templos *comunes* eran menos importantes: *cada uno* (de los indios) *puede poner su hijo allí* -afirmaba Fernández de Oviedo- *e pueden estar dentro todos los que quisieren con tal que no sean casados e que los unos ni los otros duerman con mujer...*

En cuanto a los sacerdotes de los templos, u *orchilobos*, eran de dos tipos: *casados* (los que oraban por el pueblo y sacrificaban víctimas) y *célibes*, únicos capacitados para oír faltas ajenas. Porque la confesión era una práctica generalizada de los *Nicaraguas*- lo hacían de pie y en secreto para vivir en paz y evitar que el pecado les produjera enfermedades. Tal práctica de confesar las transgresiones morales era común a todos los pueblos mesoamericanos.

Para formar a sus sacerdotes, los *Nicaraguas* encerraban a uno de los caciques durante un año en un *orchilobo*, se le suprimía toda comunicación con el exterior y sólo se le llevaban los alimentos necesarios para su subsistencia; cuando salía, se celebraba una fiesta y se le nombraba sacerdote. Durante ese tiempo, seguramente, recibía la transmisión de ritos y costumbres, como también la formación cosmogónica acumulada. Ellos, además, pintaban las pictografías de los «*ilbros*». Surgidos de los *teytes* o caciques, derivaban su poder del conocimiento que adquirirían sobre la



manera de retroalimentar el proceso global de la reproducción de la tribu. En esta forma, su función no aparece como paralela a la sobrevivencia misma del grupo, sino complementando la división social del trabajo, orientando y catalizando la acumulación económica y cultural.

Sacrificios humanos

Pero la concepción más significativa era la de los sacrificios humanos. Consistente en una ceremonia donde la víctima escogida se acostaba boca arriba sobre una piedra -en lo alto del montículo existente frente al templo- y el sacerdote, con un cuchillo de pedernal, le abría el pecho, le arrancaba el corazón y se lo ofrecía a los dioses. Las víctimas sólo podían ser «*esclavos*» o prisioneros de guerra. Los primeros se alimentaban previamente, pudiendo hacerlo con libertad en cualquier parte, antes de ser inmolados; ya muertos, descuartizaban su cuerpo: las manos, pies y entrañas se enterraban frente al templo y el resto era incinerado y esparcido sus cenizas. Con el prisionero, siempre foráneo, pasaba otra cosa: le cortaban el cuerpo para ser comido; las manos y pies se entregaban al cacique, el corazón al sacerdote y a sus familiares; los muslos a los nobles y lo restante al pueblo. Luego la cabeza se colgaba frente al templo.

El sacrificio humano tenía un carácter ritual, pues consistía en un acto de comunión, no de simple canibalismo; con solemnidad y respeto, un número limitado de indígenas comía la carne del sacrificado, quien era para ellos como un semidios que tenía la misión de comunicarse con los dioses, llevándoles las peticiones de los mortales. Por otra parte, la sangre de las indias sacrificadas fuera de los templos principales -ya que su cuerpo se creía contaminado- se guardaba dentro de ellos para rociarse a los ídolos. Y el cuerpo era comido por los caciques, no por los sacerdotes, que sólo comían varones.



Autosacrificios

Finalmente, otro rito importante era el de los autosacrificios. Durante algunos días especiales del año, los sacerdotes encabezaban un desfile con toda la tribu y sus ídolos; al llegar a la plaza, el principal de ellos daba varias palmadas ordenando silencio y procedía a sangrarse de las orejas, brazos y piernas. Con ello, ratificaba públicamente su misión que imponía la obediencia y el respeto.

Relaciones sociales de producción

Las investigaciones sobre el modo y las relaciones sociales de producción de los pueblos aborígenes del Pacífico de Nicaragua a la llegada de los españoles revelan que se sustentaban en un comunismo agrario, similar al del *calpulí* mexicano. Específicamente, un autor sostiene que se conformó -en la propiedad territorial- un sistema de comunismo familiar. O sea: clánico.

El calpulí

En efecto, la indicación del cronista Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés señala que la propiedad de la tierra se adquiría, en concepto de dote, al momento de contraer matrimonio. No podía ser enajenada ni vendida o cambiada; y si alguien abandonaba su pueblo o *calpulí* tenía que dejarla a sus parientes. Ignoramos si, en caso de deuda, podía ser entregada como pago; y de qué manera la perdía quien llegaba al estado de pedir limosna. Lo indudable es que, básicamente, la tierra pertenecía a la comunidad, al *calpulí*, aunque se trabajara en forma individual; y por eso era enajenable.

El tributo

Pero este comunismo, además de clánico, tenía otro elemento que lo definía: el tributo. La principal contradicción de las sociedades de los Nicaraguas y los Chorotegas se daba entre los ancianos del *monexico*, caciques y sacerdotes y la *gente común* que laboraba la tierra y era dueña de sus instrumentos de trabajo, pero se sometían a aquellos mediante el tributo. En otras palabras: los primeros se apropiaban del producto socialmente excedente de la mayoría de la población gozando de funciones públicas, poder social y privilegios económicos como la distribución de la tierra. Sin embargo, no se advierte en ellos la posibilidad de transformar sus «derechos» en propiedad «privada». Tampoco -lo recuerda Rafael Avila- aparece algún indicador de que la tierra sea considerada un valor en sí misma; más aún: como puede inferirse de su cosmovisión, en lugar de creer que la tierra les pertenecía, creían más bien que pertenecían a la tierra-madre.

En consecuencia, las relaciones de producción de las principales culturas indígenas del territorio que sería Nicaragua no se encontraban en un período de transición hacia el establecimiento de un régimen de explotación esclavista que tendría como base el trabajo esclavo y la concentración de la tierra, según se ha afirmado. Pero su comunismo clánico y tributario no era tan primitivo, puesto que los Nicaraguas -cuyos «nobles» monopolizaban el cao- desarrollaron un sistema de control y redistribución de productos inscritos, antropológicamente hablando, en los umbrales del Estado.

En resumen, las sociedades prehispánicas que habitaron nuestro país procedían de dos tradiciones. Una de origen sudamericano, o afín a los pueblos circuncaribes de Sudamérica, instaladas, dispersas o nomádamamente -al inicio de la conquista española- en el centro y en el litoral atlántico. Y otra mesoamericana, más compleja y reciente, que ocupaba la zona del Pacífico. Pero nunca lle-



garon a los niveles de integración y desarrollo alcanzados por sus coetáneos de México y Perú.

Sin embargo, no podemos minimizarlas: son parte de nuestro pasado más extenso, remoto y menos conocido. Además de sus herencias vivas -productos agrícolas básicos, tipos de viviendas y usos domésticos, vocablos y raíces indígenas, concepciones ancestrales, etcétera- constituyen el sustrato cultural más profundo de la cultura nicaragüense.

Los indígenas del Pacífico de Nicaragua

Por Germán Romero Vargas

En 1523 entró a nuestro país la primera expedición militar española, a cuya cabeza venía Gil González y que fue enviada desde Panamá por Pedrarias Dávila. Fue el punto de partida de un proceso histórico que habría de durar tres siglos, caracterizado, de una parte, por el desmantelamiento de las sociedades indígenas en las zonas central y del Pacífico de lo que más tarde se llamaría Nicaragua y, de otra, por el surgimiento y desarrollo de una nueva sociedad en cuya formación habrían de entrar elementos de origen indígena, europeo y africano.

En lo que sigue trataremos de exponer, en primer lugar, algunos rasgos particularmente salientes del mundo indígena del Pacífico a la llegada de la soldadesca española; en segundo término, el impacto de la conquistista española sobre ese mundo; y las características de la sociedad indígena de la provincia de Nicaragua en el siglo XVIII.

Para el conocimiento de nuestra sociedad prehispánica a la llegada de los conquistadores españoles, en 1523, disponemos fundamentalmente de los escritos del cronista español Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, de la Colección Somoza y de la documentación manuscrita sobre la época colonial existente en el Archivo General de Centroamérica, en Guatemala.

La visión que se obtiene de estas fuentes es bastante parecida, en la mayoría de los casos, pues resulta la del bando de los vencedores. Los vencidos sólo han dejado oír su voz mediatizada y traída. Aun así, es posible haceremos una idea más o menos correcta, aunque limitada, acerca de lo que era nuestra sociedad indígena antes de ser abatida.